

Un icono urbano

Arturo Pacheco Manzano

Las raíces de la Ciudad de México yacen bajo el Centro Histórico, un área que originalmente ocupó el corazón de una gran ciudad azteca, concebida con una correspondencia celestial y alineada según los cuatro puntos cardinales.

Al caer en manos de los españoles, en 1521, éstos la rediseñaron, entonces el centro se planeó como un enrejado cuadrículado y fue reconstruyéndose subsecuentemente al paso de los años, para rellenar los huecos resultantes de una capital aristócrata y de su eventual transformación en un microcosmo de diversidad y modernidad.

Las necesidades sociales han influido a lo largo de la historia en la configuración urbana de la metrópoli, aspecto que se puede comprobar al observar una construcción colosal, tan pesada que se hunde más rápidamente que la ciudad en su lecho fangoso: el Palacio de Bellas Artes. Éste fue creado a partir de la necesidad de tener un nuevo teatro de ópera de acuerdo con las tendencias aristócratas porfirianas de principios del siglo XX.

La demanda de la sociedad aristócrata de la época promovió la demolición del Teatro Principal en 1901, para abrir la calle Cinco de Mayo hasta llegar a la de Santa Isabel (actualmente Eje Central), donde se construiría el Teatro Nacional, diseñado por el arquitecto italiano Adamo Boari Dandini.

En 1904 se iniciaron los trabajos del Teatro Nacional, el cual no seguía los lineamientos arquitectónicos del Palacio de Correos, ni el neoclasicismo del Hemiciclo a Benito Juárez, sino las tendencias del *Art Nouveau*. En su construcción se emplearon los últimos adelantos técnicos, como el emparrillado



Palacio de Bellas Artes



San Juan de Letrán, hoy Eje
Central Lazaro Cárdenas

con plancha de concreto y la estructura de acero, permitiendo la disposición de grandes espacios.

Para ello trabajaron por una parte el arquitecto neoyorquino William Harvey Birkmire, la compañía norteamericana Milken Brothers de Chicago y el ingeniero mexicano Gonzalo Garita, y por otro lado, varios artistas bajo la dirección del arquitecto Boari, y fue hasta 1913 cuando se detuvo la construcción a causa de las difíciles condiciones políticas (la Revolución).

En ese álgido momento se terminaron la estructura, las fachadas, la gradería y se instaló la maquinaria, y ya había problemas de hundimiento del edificio. En 1929 se continuó su construcción, cuyo proyecto estuvo a cargo del arquitecto mexicano Federico E. Mariscal Piña. En esa ocasión el estilo del edificio sufriría algunos cambios, ya que existía entonces otra tendencia en el arte y la arquitectura llamada *Art Deco*. Se inauguró, finalmente, en 1934.

El edificio es renombrado por su configuración, destacan el magnífico pórtico con su columnata de mármol de Carrara, el conjunto escultórico del italiano Leonardo Bistolfi, los remates ondulantes que concretan la idea del arquitecto Boari de diseñar con las líneas de una "bocanada de humo" y, flanqueando el pórtico, las esculturas de André Allar.

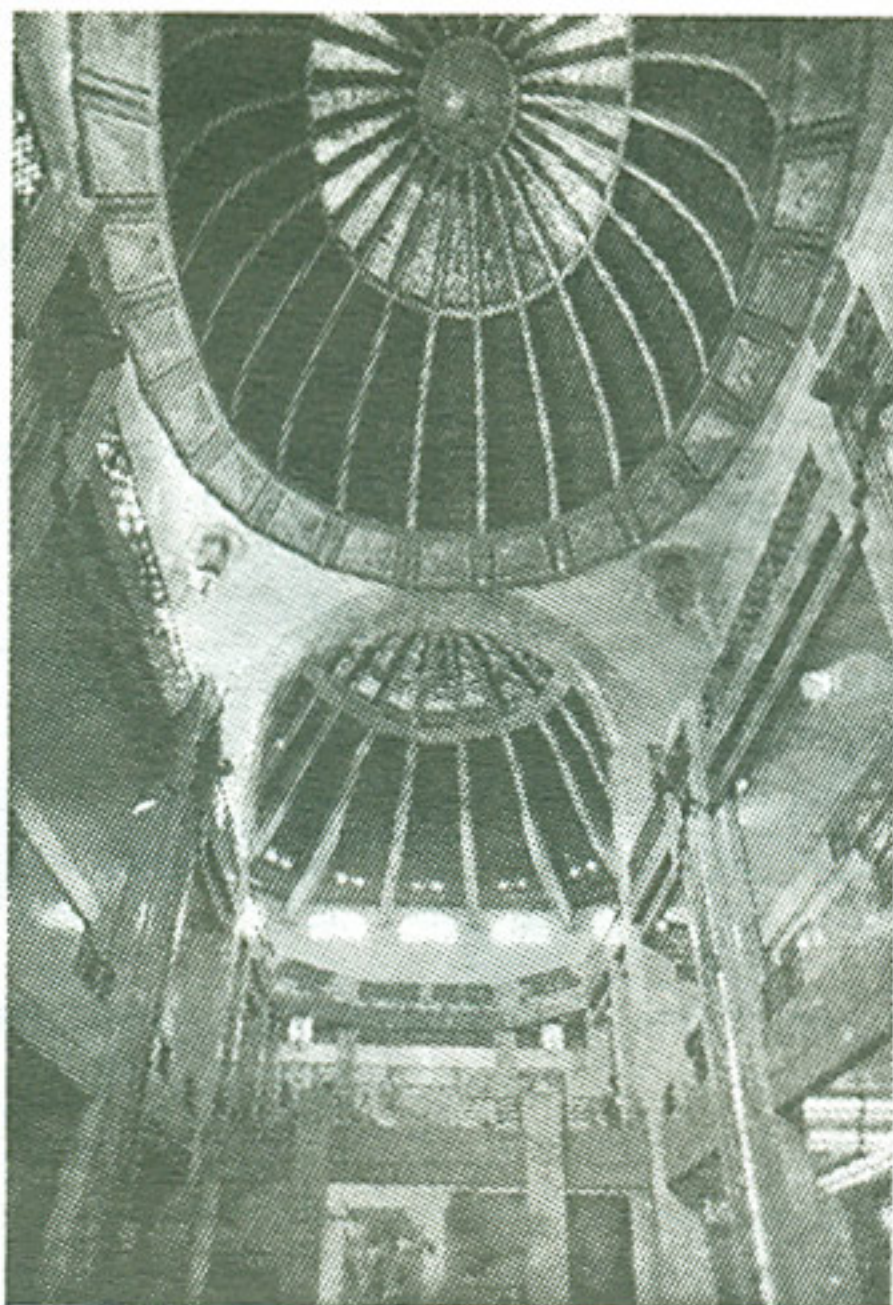
Detalles escultóricos otorgan interés al conjunto, como son las máscaras de mono, coyote y caballero águila en las claves y arranques de algunos arcos, creadas por Fiorenzo Gianetti; los mascarones representando las estaciones del año y los originales capiteles del pórtico, así como algunas esculturas del italiano Boni; otras más de Paul Gasq y de Honoré Marqueste se colocaron en los espacios laterales, pero luego fueron destinadas al Palacio Legislativo.

Entre otros detalles decorativos valiosos cabe señalar la herrería traída desde Italia y diseñada por Alessandro Mazzucotelli y otra de Luis Romero Soto, hecha por herreros mexicanos. Un conjunto escultórico rematado con un águila de bronce, de estilo porfiriano desplegando sus alas sobre la cúpula, es obra del húngaro Geza Marotti.

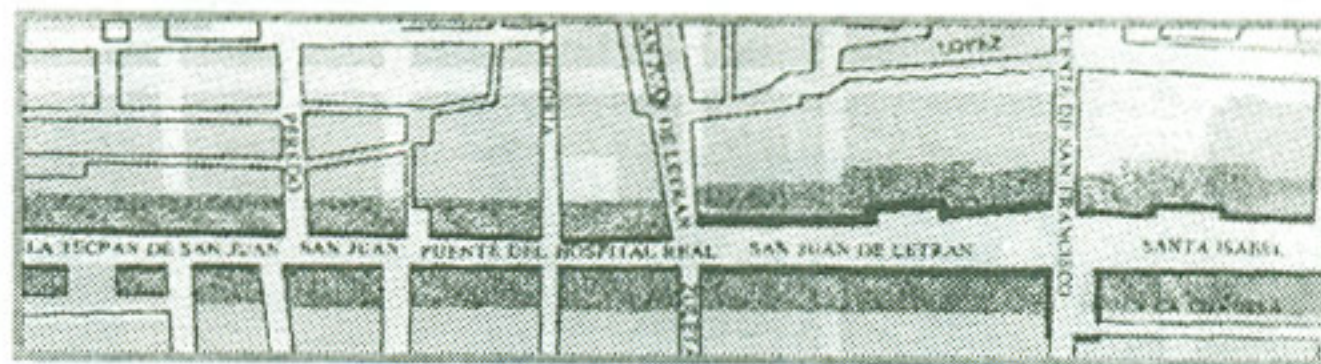


Pegaso y jinete





Cúpula del Palacio de Bellas Artes



Plano del Eje Central Lázaro Cárdenas
por el centro de la ciudad, con la
nomenclatura antigua

Al ingresar por sus puertas de hierro se aprecia la combinación del rojo queretano de las columnas, con el negro de la escalinata central y el granito noruego de las laterales. En la planta baja destacan las lámparas de inspiración futurista. En los muros laterales del primer piso se encuentran los murales de Rufino Tamayo. En una de sus salas destacan las grandes lámparas de cristal, elaboradas por la casa Edgar Brant, de París.

En el segundo piso se encuentra una galería que bien puede resumir al movimiento muralista mexicano con magníficas obras de José Clemente Orozco, David Alfaro Siqueiros y Diego Rivera. También hay otros murales de Jorge González Camarena, Roberto Montenegro y Manuel Rodríguez Lozano, concebidos especialmente para este espacio. El tercer piso alberga el Museo Nacional de Arquitectura.

La cortina metálica que separa el escenario del público fue fabricada por Leffong Studios de Nueva York. Con esta estructura se hizo un fabuloso vitral en el que se representa una vista panorámica de los volcanes Popocatepetl e Iztaccíhuatl, encerrados en incontables piezas, que sirve de telón en la sala del teatro.

Este telón incombustible fue diseñado desde el proyecto inicial, luego dibujado por el artista mexicano Gerardo Murillo (Dr. Atl) y realizado por la afamada casa Tiffany Studios de Nueva York. Ahí también brillan los

preciosos mármoles acremados y verdes de Yauhtepec y Oaxaca, que enmarcan el finísimo arco del proscenio, proyectado y realizado en los talleres de Geza Marotti, al igual que el plafón de la galería.

Recientemente se le agregaron unas jardineras y unas fuentes curvilíneas, desde donde se aprecia el ánimo, el bullicio, los contrastes y las contradicciones de la ciudad de los palacios.

Se exaltan los sentidos en el marco de edificios marmóreos, de arenisca rosada y tezontle rojo; balcones de hierro forjado, largas filas de comercios, el pulso de las celebraciones y las luchas sociales. Aunque el flujo constante de los vehículos que entrecruzan el Centro Histórico conduce a nuestra ciudad, lenta pero seguramente, a su extinción, en medio del caos urbano se yergue un ícono urbano de la Ciudad de México: El Palacio de Bellas Artes.

Así es que este bello edificio es una muestra grandiosa de arquitectura, funcionalidad y arte que incluye teatro, museo, biblioteca, oficinas, estacionamiento, tiendas, cafetería, salas de conciertos, salas de exposición, murales, pinturas, esculturas y demás elementos decorativos.

En síntesis, el Palacio de Bellas Artes es un albergue del arte e historia de un pueblo y de una época de oro.

